desmintiendo en cierto modo la forma, esta arbitraria, atribución de sexo, pues el *jermoso* o jarro de dos asas, es macizo, basto y seguro, mientras la jarra o *zapita,* de una sola asa, y con pico muy largo, que sirve de embudo cuando llenan el odre de mazar, es graciosa de línea, esbelta y fina. Las piedras peladas de arroyo son las que más fácilmente retienen el fuego, y cuando están rojas de él, las toman con una pinza de avellano, que no es sino un arquillo de esa madera, que por ser muy flexible hacen arrimar las puntas, cogiendo en su prieto arco la piedra.

A las pocas que caen en el jarro hierve la leche que, por dejarlo dicho todo, toma un saborcillo a requemado muy agradable.

Al margen de «Amar como se ha de amar», comedia famosa de Lope de Vega.

Muy diversos aspectos de la comedia de Lope, *Amar como se ha de amar,* se prestan al comentario, pero de todos solo quiero destacar un detalle de imitación patente, interesante no tanto por la imitación en sí, cuanto por revelador de la facundia lírica del Fénix.

Sabida es la situación que da lugar al primer coloquio entre Calixto y Melibea. Con estas sobrias palabras lo cuenta Fernando de Rojas en el argumento del primer auto de la tragicomedia. «Entrando Calixto en vna huerta em pos dun falcon suyo, hallo ay a Melibea, de cuyo amor preso començole de hablar». Ni una alusión más al caso vuelve a aparecer en toda la escena.

Este suceso del noble pájaro escapado se utiliza en la comedia de Lope como pretexto para entrar Pedro, galán, en la quinta de Ricarda, dama noble, en las cercanías de Nápoles.

D. Pedro. Pues, ¿qué invención puede haber
si a mí me ha de conocer?
D. Juan Hacer perdido un halcón,
y entrar con esta ocasión
a ver el sol que te abrasa...

Evidentemente Lope tenía presente al dar con este ardid la escena de *La Celestina,* pero lo interesante de notar es que en Rojas solo es un pretexto para justificar una situación teatral, mientras Lope exprime todas las posibilidades poéticas y alegóricas del caso.

Con efecto; los caballeros llevan adelante su plan con buen éxito, aunque luchando con la guarda de Turín, rústico gracioso. He aquí las palabras primeras que don Pedro dirige a la dama:

TURÍN. ...diz que vienen buscando
un azor que aquí se entró.
RICARDA. ¿Aquí azor?
D. PEDRO. Presumo yo
que hacia aquí vino volando;
que allí vuela si le lanza
para hacer la presa Amor,
de la mano del favor
al viento de la esperanza.

Y desatada ya la vena lírica prosigue bellamente;

Palomas bravas sospecho
que en esta torre se crían;
como siempre, se desvían
de la ciudad y del pecho.
...Casi de esas verdes lomas
perdí el azor; pero ya
se lo agradezco si está
entre tan bellas palomas.

Mas apurando el tema, no sólo da de sí para los equívocos galantes, sino que aun resta materia para las gracias de Turín. Así, al recibir por la busca del halcón una bolsa de dinero, la suena el gracioso y dice oportunamente:

Ello tiene buen sonido,
linda bolsa, y con caireles;
mas ¿si son los cacabeles
del azor que habéis perdido?

Más tarde torna Turín de buscar inútilmente el azor y torna a sacar partido del fácil equívoco:

Yo no sé si aquesta torre
cría palomas mostrencas,
que todos cuantos rincones
tiene, he mirado de cerca,
y no he visto halcón ni azor.
Plega a Dios que azar no sea,
porque de azores a azares
pienso que hay solo una letra.

Aún se dilata en parecidas reflexiones, algunas de admirable calidad poética, como la siguiente;

JULIA. Dieron la vuelta
a Nápoles.
TURÍN. ¿Qué me dices?
Déjame Julia que vea
si alguna pluma del ala
de nuestra paloma llevan.

Me ha movido sobre todo a redactar esta nota mi convicción de que donde mejor se descubre la idiosincrasia de un autor es en el modo de aprovechar fuentes o situaciones ya conocidas.

Don Juan de Iriarte y los jesuítas.

La musa humanística de don Juan de Iriarte fué sumamente sensible a los estímulos de la actualidad, y a un tiempo suspende y encanta tropezar en sus epigramas con alusiones a sucesos contemporáneos, no sólo heroicos, como la serie que dedicara a don Luis Velasco, héroe en la defensa del castillo del Morro contra los ingleses, sino efímeros e intranscendentales ya olvidados.

No fué, ciertamente, insignificante la expulsión de los jesuítas y extinción de su Orden, en los días de don Juan acaecidas, mas no parecía sujeto muy apto para la poesía. No lo entendió así el buen bibliotecario, que le dedicó no menos que diez y siete epigramas, que son los correspondientes a los números DXCV y siguientes hasta el DCX inclusive de sus Obras Sueltas (MDCCLXXIV).

El mérito de estas obrecillas es muy desigual, sin que en ningún caso sobrepase de la mediocridad artística, atmósfera de toda la obra poética del docto humanista. Con todo creo de interés destacar su posición ante suceso tan apasionante.

No es benévola, ni mucho menos, para la Compañía. Ni siquiera le mueve a compasión el triste espectáculo de la proscripción. Tan solo una vez parece acceder a este noble sentimiento al decir, no sin elegante elocuencia:

Qui Socios Iesu prius uno se ore vocabant
Vix hominum liceat dicere jam socios.